

de las que se nombran en la Biblia que gozó del privilegio de llamarse María ántes que la Madre de Jesucristo. Los comentadores de los Libros Santos dicen que la hermana de Moisés permaneció virgen. La Escritura la llama profetisa: *María prophetissa*. (Exod., xv, 20). Aquella María, colocándose á la cabeza de las mujeres de Israel, entonces con ellas el himno de gracias, *Egressæ sunt omnes mulieres post eam cum tympanis et choris* (Id. ibid.), y ocupa su puesto al lado de sus hermanos, Moisés, caudillo del pueblo, y Aarón, sumo sacerdote; María, Madre del Salvador, es reina de las vírgenes, nueva profetisa que canta las magnificencias del Señor, anunciando al mundo el reinado de la paz y el día de las misericordias según las antiguas promesas: *Recordatus misericordie suæ sicut locutus est ad patres nostros*. (Luc., I, 54, 55), y no se separa del lado de Jesucristo, Sumo Sacerdote verdadero, ni en Belén, ni en el templo, ni durante su carrera evangélica, ni en el Calvario, ni en el Cielo.

Habiendo Moisés recibido de Dios orden de volver á Egipto para sacar á su pueblo de la esclavitud, «tomó á su esposa Séfora con sus hijos, y acomodándolos en un asno regresó á Egipto, llevando la vara de Dios en su mano.» (Exod., iv, 20.) ¿Quién no ve en este grupo la imagen de la Sagrada Familia en su viaje á Egipto, huyendo de la persecución de Herodes, al modo que nos la representan las relaciones y pinturas arregladas á la tradición?

Gemía el pueblo bajo el yugo de los cananeos, clamando arrepentido al Señor. Por el mismo tiempo tenía Israel en calidad de Juez que lo gobernaba, á una profetisa llamada Débora. Sentada al pié de una palmera, juzgaba las diferencias de sus conciudadanos que las sometían á su fallo. Viendo al pueblo en aflicción, envía á Barac, que San Ambrosio y otros comentadores creen era hijo suyo, diciéndole: «Ve en el nombre del Señor Dios de Israel, que te lo manda; lleva el ejército al monte Tabor, y yo conduciré las huestes enemigas, entregándolas en tus manos.— Si tú, respondió Barac, vienes conmigo, iré á donde me mandes; pero si no quieres venir, tampoco iré yo.— Iré, repuso la profetisa. La victoria fué completa.

¿Quién, H. M., se parece á Débora? ¿Quién es nuestra profetisa, que sentada también bajo la palmera, aguarda que el pueblo la exponga sus diferencias para juzgarlas? ¿Dónde está la que despierta al guerrero, noticiándole que el momento del triunfo está cercano, y acompañándole, pelea con él hasta alcanzar completa victoria? Vosotros, H. M., la conocéis, la habéis nombrado, la habéis visto, la habeis saludado: es María Santísima. María es más que profetisa, puesto que ha sido anunciada desde el principio del mundo. La palmera, á cuya sombra se sienta para juzgar al pueblo, es el templo santo, mansión de paz y de concordia, donde presenta á Dios los deseos de las generaciones que aguardan al Mesías, con objeto de que los satisfaga. El caudillo á quien provoca á pelear es Jesús, el invencible gigante en cuya compañía sube al Calvario el día de la gran batalla, sin apartarse de él hasta que el velo del templo se haya ras-

gado, y los sepulcros restituyan su presa, y se eclipse el sol, y la naturaleza se estremezca en lo más hondo de sus abismos, hasta que el mundo, en fin, se haya salvado.

¿Y qué nos representa Jaél, pregunta San Agustín, esa mujer valerosa que taladra con un clavo las sienas del enemigo de Israel? *Quæ est ista mulier plena fiducia, hostis tempora ligno transfigens?* Jaél representa á la fe de la Iglesia, que destruye el imperio del demonio por la virtud irresistible de la cruz del Salvador: *Fides Ecclesiæ, cruce Christi, regna diaboli perimens*. (S. August., *Contr. Faust.*, l. XII, c. 32). Jaél, A. H. M., es también figura de María Santísima, quien con la cruz de su Hijo quebró la cabeza de la infernal serpiente: *Ipsa conteret caput tuum*. (Gen. III, 13.)

Una de las grandes señales que han marcado la vida de la Madre de Dios, es el dolor. «Cuando contemplo por este lado á la augusta Virgen, dice el sabio orador á quien antes he citado, descubro la cruz y el sacrificio impresos en su fisonomía, con gruesos y profundos caracteres, en términos, que si mi entendimiento no estuviese alumbrado por la fe, se resistiría á reconocer en tan incompetente aparato la majestad de Reina de los Cielos. Nada de lo que podía llamarse infortunio ó abatimiento en el grosero lenguaje de las ciegas razas que aparecieron en el mundo antes del Divino Preceptor de las almas, nada de éso se perdonó á María. Veo en esta gran Señora una larga serie de desdichas, de humillaciones, de mortales sustos. Veo su familia cayendo del elevado trono á la oscuridad de un taller; veo la pobreza, el aislamiento, el trabajo, el hondo martirio de los sentidos en la virginidad; lo que podría llamarse lujo, verdaderamente ostentoso, de privaciones y dolores. Veo en el corazón de Madre compuesto de toda la energía, de todo el cariño, de toda la ternura y sensibilidad que pueden reunir la gracia y la naturaleza, que se rasga á fuerza de inexplicables penas, viviendo en el Salvador, sufriendo todas sus tribulaciones, todas sus dolencias, todas sus injurias. Veo, en fin, que, muda de estupor, ó estremeciéndose á cada golpe del martillo, siente agotada su maternal fortaleza, como si se vertiese al mismo tiempo que la sangre divina. Esto es lo que descubrimos en María, lo cual la da derecho á ser, entre todas las hijas de Adán, la única que puede decir con el gran Profeta de las lamentaciones: «¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, paraos y considerad, si hay desconuelo que pueda compararse al mio!»

«Vemos en la persona de María rasgos capaces de sorprendernos con sobrada razón; pero esos rasgos miran á los siglos futuros, señalando en la augusta Virgen el misterio de redención que la corresponde en el seno del Cristianismo. Con la austeridad de esos nuevos caracteres, se hace fecunda, y continúa durante el curso de las edades, dando á luz hijos elegidos. María inspira el amor á la Cruz, persuade la imitación de su divina pureza, que retrata aquí bajo algo parecido á la vida de los Angeles. María esclarece el juicio acerca del valor de la humildad, la cual proporciona la dicha de participar, en

cierta manera, de la vida de Dios mismo. De este modo es como María acaba de levantar hasta el Cielo las flaquezas y la nada de este mundo.»

La privación, el padecimiento, la amargura y las angustias, signos característicos de la vida de la Santísima Virgen, debían tener figuras especiales en la Antigua Ley. Las tuvieron en efecto, H. M. Voy á presentaros tres de ellas, y por cierto bien notables.

Es la primera la hija de Jefté, Seia, nacida para el dolor. Hija única del valeroso jefe del pueblo, era saludada en la aurora de sus años con envidia por sus compañeras. ¡Ay! ¡Cuán léjos está de serle propicio el Cielo! La tierna virgen, resignada y sumisa á la inflexible voluntad de su padre, subirá á la cima del monte, á llorar su malograda primavera. Todo se marchitará al rededor de ella, como la planta cortada por el segador; todo, hasta los recuerdos y las esperanzas, la gloria y la patria, la familia y su efímera juventud.

La segunda figura que os presento, H. M., es Noemi, la mujer que renuncia al nombre de *hermosa*, para tomar el de *amarga*. *Ne vocetis me Noemi, id est pulchram, sed vocate me Mara, id est amaram* (Ruth., 1, 20), porque el Señor la ha llenado de amargura, quitándola su esposo y sus hijos. Héla ahí sola en la tierra, con el corazón oprimido por la angustia y los ojos llenos de inagotables lágrimas.

Otra figura de María Santísima es Aschmuna, madre de los Macabeos, cuyo elogio hace la Escritura en estos términos: «Fué una madre superior á toda alabanza, digna de vivir eternamente en la memoria, de los justos, pues viendo á sus siete hijos, nacidos de sus entrañas, morir todos en un mismo día, padeció con constancia, esperando en Dios, y exhortando enérgicamente á cada uno de sus hijos, en la lengua de sus padres,» á sufrir el martirio.

Las angustias de María en el Calvario sobrepujan á las de la hija de Jefté; la amargura de su corazón fué más grande que la de Noemi, y su magnanimidad mayor que la de la intrépida madre de los Macabeos.

No cerraré el libro que antes registraba para encontrar el nombre dulcísimo de Noemi, sin citar otro nombre no menos dulce ni menos significativo: el de Ruth la moabita. Su historia es sencilla y tierna. Desheredada de bienes en el mundo, va á espigar en los campos del rico. Su resignación, su modestia, su laboriosa aplicación á recoger las espigas que caen de las manos de los segadores, interesan á Booz, dueño de la mies. «Mira, hija mía, la dice, no vayas al campo de otros á hacer de espigadera; no tienes necesidad de alejarte del mío. Júntate con mis siervas, y ve adonde ellas trabajen, pues he advertido á mis criados que no te molesten. Si tienes sed, acude adonde están los cántaros y bebe agua de la destinada á los dependientes.» Póstrase Ruth en tierra, y dice á Booz: «¿De dónde á mí el haber hallado gracia delante de vos, y el que os dignéis favorecerme, á mí pobre forastera?»

Este humilde lenguaje, H. M., se parece mucho al que emplea Ma-

ría para responder al enviado celestial, así como las palabras del Arcángel están bien figuradas en las de Booz: «El Señor te premie por tu acción, y recibas un cumplido galardón del Señor Dios de Israel, á quien has recurrido y debajo de cuyas alas te has amparado.» Habiendo la joven de Moab agradao á Booz, fué su esposa, habitando con él en Belén y dando á luz un hijo llamado Obed, que fué progenitor de David, y por consiguiente, del Mesías. También la Madre de Dios, hallando gracia delante del Espíritu Santo, fué elegida para esposa suya, dando á luz en Belén á Aquel á quien por espacio de cuatro mil años esperaban las generaciones.

¡Qué analogía, A. H., se descubre también entre Ana, madre de Samuel, *fiel Pontífice suscitado por Dios* (I Reg., 11, 35), y María, Madre de Jesús, *Pontífice fiel cerca de Dios para expiar los pecados del pueblo* (Hebr., 11, 17.); entre Abigaíl, que sale al encuentro y aplaca la indignación de David, obteniendo el perdón de los culpables (I Reg., xxv), y María, que apacigua las iras del Gran Rey, alcanzando misericordia para los pecadores; entre la Reina de Saba, que viene de los confines de la tierra para admirar la sabiduría de Salomón, y María, que *se levanta del desierto como una columna de humo exhalado por la mirra, el incienso, y todos los aromas*, para presentarse ante la eternal Sabiduría: *Mariam prænuntiabat illustris regina que venit á finibus terræ audire sapientiam Salomonis* (S. August., *in Ser.*); entre la casta Sulamitis, cuyo sublime cántico está perfumado de amor celeste, y María, Reina de las Vírgenes, enteramente abrasada en amor divino; entre aquella mujer fuerte que Salomón dice ser de inestimable precio, y María cuya estimación excede á la de todas las piedras preciosas, que es la perla por excelencia, por cuanto á los ojos de Dios vale más que todo el universo; *Margarita pretiosa orbis terrarum* (S. Cyrill., Alex.); entre Betsabé, madre de Salomón, á quien este gran monarca hizo sentar en un trono diciéndola: «Pedid, Madre mía, cuanto queráis,» y María, sentada junto al Rey de la gloria, que accede á todas sus demandas; entre Sara, esposa de Tobías, hijo, á la que la Escritura cita como modelo de inocencia, de cordura, de piedad y de confianza en Dios, y María, modelo incomparable de todas las virtudes! Abreviemos esta enumeración, porque todavía me falta presentaros dos figuras importantes.

Judith figuró á María: 1.º en los *dones* que recibió; 2.º en su *victoria*; 3.º en su *cántico* de acción de gracias; y 4.º en su *vida*.

Judith es la más hermosa de las mujeres, la más casta é irreprochable de las viudas; es, en una palabra, gloria de su nación; y María Santísima está dotada de dones más preciosos aún, como lo son los de la gracia; es la más pura de las Vírgenes, es, en fin, la gloria de la Iglesia de Jesucristo. Judith vence á Holofernes con brazo poderoso poniendo en fuga, con el poder de su nombre, al ejército enemigo, por lo cual es proclamada redentora y madre de las tribus de Israel, gozo y honra de su pueblo: *Tu letitia Israel, tu honorificentia populi nostri*. (Judith, xv, 10); María, mas fuerte que Judith, *O mulier fortis*

*et invicta Judith (Hymno de Concep.)*, derrota al Príncipe de las tinieblas, destruye las herejías con su nombre solo; nombre de triunfo, bendecido por la Iglesia y por todas las generaciones: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* (Luc., L, 48); Judith en el cántico de acción de gracias, refiere á Dios el buen éxito de su empresa: Dios solo, dice la heroína, es Señor de la guerra, *Dominus conterens bella* (Judith, xvi, 3); María en el sublime cántico que todos los cristianos conocen, aunque elevada al colmo de la grandeza, se considera como la más humilde esclava del Señor, confesando en voz alta que cuanto reconoce en sí de grande, procede de la mano del Omnipotente: *Fecit mihi magna qui potens est* (Luc., I, 46). Judith, viuda en Betulia, torna á la soledad después de su prodigioso triunfo y pasa el resto de sus días en la mortificación, el silencio y la oración; María, Virgen Santísima, vivió en soledad, lo mismo en Nazareth que en Efeso, entregada á la comunicación más íntima con la adorable Trinidad.

Coronemos esta ilustre galería de mujeres célebres citando á Ester, cuya semejanza con María es más notable aún que la de las demás hasta aquí citadas. Era Ester una doncella ignorada, hasta la ocasión en que el más grande y poderoso de los reyes de su tiempo puso en ella los ojos para elevarla al trono. Así también María, Virgen desconocida de todo Israel, atrae sobre sí las miradas de Dios que la llama á la altísima dignidad de Madre suya. Vasthi, antigua esposa de Asuero, es repudiada por haber desobedecido á su Señor. Así también el Señor Dios, repudiando á Eva que había prevaricado, elige á María para Madre de los hombres. Existía una ley que no se había hecho para Ester: *Hæc lex non pro te sed pro omnibus constituta est*; lo mismo que no había sido hecha para María la ley de la maldición primera, y de la cual será siempre exceptuada, no dejando, ni por un instante solo, de estar limpia: *Macula non est in te*. En esta historia toda figurativa, Amán representa al demonio, así como el pueblo judío simboliza al pueblo cristiano, y como Mardoqueo es el emblema de los devotos de María. Notad ahora la preciosa aplicación de estos antecedentes. Amán, imagen del príncipe de las tinieblas, había jurado la ruina de Mardoqueo y de su raza. Levántase Ester entonces para abatir el orgullo de Amán, hollándolo con sus pies. Vístese las insignias reales, y se presenta al príncipe, exponiendo su demanda. Asuero la escucha, y accede á lo que solicita. El resultado final de tales gestiones fué, que Amán murió en la misma horca que había hecho levantar para Mardoqueo, y el pueblo judío se salvó. ¡Oh María, gran Reina nuestra! ¿Qué otra cosa hacéis vos sinó utilizar el agrado con que el Señor os mira, para deshacer las tramas del infierno, triunfando del poder de las tinieblas, y constituyéndoos en Libertadora de vuestro pueblo?

¡Admirable es la armonía que observamos entre las figuras enumeradas, y la altísima persona á quien significaron! ¡Cómo se deleita ya imaginación en examinar esos antiguos símbolos, que el Señor qui-

so favorecer con una doble vida! Su existencia personal estuvo, como la de cualquier otro individuo, reducida á pocos años, mientras su existencia simbólica nunca tendrá fin. Constantemente se las verá en pie delante de las generaciones representando rasgos diferentes de la persona augusta que los reúne todos. Ya veis, H. M., que el culto que rendimos á la Virgen Santísima, no es una invención del entusiasmo, una creación ideal de la poesía, un ciego extravío del corazón, nó; porque tiene su base en las divinas enseñanzas; porque se apoya en los hechos de la revelación; porque se halla escrito en todas las páginas de la Escritura Santa; porque viene vinculado á los nombres de venerables matronas que ilustraron al pueblo de Israel. En la instrucción precedente os hice ver que la naturaleza nos revela á María en sus multiplicados símbolos, y en la actual os he demostrado que la historia pronunció desde muy antiguo su sagrado nombre al pronunciar el nombre de las más celebradas heroínas. En resumen, Dios ha querido que la memoria de la Santísima Virgen María estuviese grabada en todas partes con caracteres indelebles: en las profecías, en las figuras, en los emblemas del mundo exterior, en la historia de las naciones, en los milagros de su Providencia, y principalmente en nuestros corazones: *Memoria mea in generationes sæculorum* (ECCLI., XXIV, 28.)

C. MARTIN.